

SEMLANZA

JOSÉ EMILIO ROLANDO ORDÓÑEZ CIFUENTES

Mesoamericano del Sur
Socialista/comunitarista
Ciudadano del mundo

(12 de enero de 1944-30 de noviembre de 2010)

Mesoamericano del Sur

Nació de forma prematura el 12 de enero de 1944 en un luminoso pueblo del mundo maya: San Miguel Totonicapán/Chuimekená, Guatemala. Sus padres fueron Egil Ordóñez Muñoz y Romelia Cifuentes Ligorría, originarios de esa misma ciudad, y quienes procrearon diez hijos, no sin dificultades económicas y tempestades políticas.

La infancia de José Emilio estuvo marcada por el signo de la Revolución de Octubre (1944-1954), los “10 años de primavera” en el país de la eterna dictadura, como apuntara el insigne literato guatemalteco Luis Cardoza y Aragón. Su padre fue uno de los artífices revolucionarios de 1944, electo diputado por Totonicapán, constituyente de 1945 y uno de los líderes más destacados del Frente Popular Libertador.

Sus primeros estudios no los realizó en escuela oficial alguna, sino a través de clases particulares, que luego revalidó ante las autoridades educativas, debido a las diferencias políticas de su padre con varios profesores locales, que mantenían un discurso adverso a la Revolución de Octubre y al presidente Arévalo. José Emilio se caracterizó desde niño por una aguda y disciplinada inteligencia, de ávida lectura y amplia cultura, sumamente sociable, alegre, pero de un temperamento fuerte ante las injusticias. En su niñez convivió intensamente con los k’iche’s y ladinos de Totonicapán; nunca se dejó guiar por la máxima racista de “aparte torito, aparte guacax”, fue un crío intercultural. Es por ello que se autopercebía, sin equívoco alguno, como “mesoamericano del sur”.

Escuchando las pláticas de los “mayores”, entre ellos políticos locales y nacionales e intelectuales de la llamada “Legión del Caribe”, se enteró de la difícil situación del país, de las profundas contradicciones económicas, del papel de la Iglesia católica en la contrarrevolución de 1954 y del racismo imperante en Guatemala. Como consecuencia de ello, renunció a continuar siendo el acólito mayor de la iglesia de Totonicapán, aunque sin perder su fe cristiana. Continuó sus estudios de prevocacionales en la ciudad de Quetzaltenango, primero en el Liceo Guatemala y luego en el Instituto Nacional para Varones de Occidente. Culminó sus estudios como bachiller en ciencias y letras en el Colegio La Patria en 1962.

En 1970 se graduó de licenciado en ciencias jurídicas y sociales, abogado y notario, en la Universidad de San Carlos de Guatemala, con una disertación sobre la *Ignorancia del derecho en una comunidad indígena*, una de las tesis pioneras que abordaron el tema de la justicia en las comunidades indígenas en Guatemala. Realizó un trabajo de campo por más de un año en la comunidad de Santa María Ixtahuacán bajo la asesoría de Jean Loup Herbert, destacado sociólogo francés (1941-2005), autor, junto con Carlos Guzmán Bockler, del clásico *Guatemala: una interpretación histórico-social*. Estos estudios sobre la realidad jurídica de los pueblos indígenas marcarían su interés por el estudio de la sociología jurídica.

En 1970 contrajo nupcias con Telma Mazariegos Santís, matrimonio que se prolongara hasta el día de su muerte, y con quien procrearía dos hijos: Egil Mijail y Carlos Salvador. Después de desempeñarse por unos años como juez suplente y juez de primera instancia en varias ciudades del oriente y occidente de Guatemala, obtuvo la beca Celso de León, de la Universidad de San Carlos de Guatemala, para estudiar su posgrado en sociología en México, un sueño que había cobijado por años.

Socialista/comunitarista

A su llegada a México con su familia en 1975 se dedicó intensamente a sus estudios doctorales. De la cátedra y del diálogo intelectual con sus maestros, de la talla de Pablo González Casanova, Ricardo Pozas, Agustín Cueva, Enrique Valencia, entre muchos otros, y del contexto del ambiente cultural de la época, se declara firmemente socialista, pero alejado de todo pensamiento ortodoxo. Concluyó sus estudios doctorales exitosamente con un promedio de 10, y regresó a Guatemala a culminar su tesis doctoral debido a la terminación de la beca y a la muerte repentina de su padre, quien se había retirado de la vida política y había continuado como el abogado

defensor de los k'iche's en Totonicapán y profesor en la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Regresó en un tiempo marcado bajo los signos de la muerte y de las más perversas dictaduras militares en Guatemala. Fungió brevemente como profesor de sociología en las facultades de Medicina y Derecho; en esta última fue director provisional tras el cobarde asesinato de Francisco Monroy Paredes, exdirector del Centro Universitario de Occidente, y de la Facultad de Derecho, en julio de 1980. Tras la compungida vida universitaria con asesinatos, amenazas de muerte y secuestros de profesores y alumnos, atentados con artefactos explosivos, y la imposibilidad a continuar como abogado defensor en Totonicapán, decide regresar a México, con una maleta en mano, con unos pocos libros y documentos, en el marco de un congreso de sociología.

Fue invitado posteriormente a formar parte de la planta académica de la Universidad Autónoma del Estado de Sinaloa (UAS) de 1980 a 1987, y de la Universidad Autónoma de Puebla, UAP, de 1987 a 1991. Durante esos años, invadidos fuertemente por el holocausto guatemalteco con sus miles de víctimas, principalmente mayas, decide realizar diversas investigaciones sobre los derechos humanos de los pueblos indígenas, particularmente del genocidio, etnocidio, idiomicidio y democidio. A partir de 1991 se incorporó como investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, la que sería su casa intelectual hasta el día de su muerte, y en los años sucesivos fue profesor visitante en universidades estatales y autónomas de México, centroamérica, Colombia, Canadá, Estados Unidos, Austria, Holanda, España, Japón, Perú. Fue coordinador de proyectos referidos al derecho indígena en México y Guatemala y fundador de las Jornadas Lascasianas Internacionales, evento que impulsó durante más de veinte años.

En su natal Totonicapán fue premiado con la Orden Atanasio Tzul, de la Alcaldía Indígena, declarado Hijo Ilustre por la Alcaldía Municipal, se le adjudicó a una calle su nombre, y se le rindió homenaje en el Medio Maratón Atanasio Tzul. Siempre apoyó de todas las formas posibles a sus paisanos, mostrando mucho orgullo por su ciudad natal y su sentido comunitarista.

Durante los últimos años se dedicó a impulsar la maestría en etnicidad, etnodesarrollo y derecho indígena en el posgrado de la Facultad de Derecho de la UNAM y del posgrado de la Facultad de Derecho de la USAC. Fue miembro de la Academia Mexicana de Derechos Humanos, del Colegio de Abogados y Notarios de Guatemala, de la Asociación Latinoamericana y Centroamericana de Sociología, de la Academia de Profesores de la Facultad de Derecho de la UNAM, con el grado de doctor, de la Red Latinoamericana de Antropología Jurídica. Asimismo, fue miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II, y del estímulo académico Pride, de la UNAM.

En los últimos años se dedicó a apoyar la iniciativa de Ley de Pueblos y Barrios Originarios y Comunidades Indígenas de la Ciudad de México, en la capacitación, discusión y debate de las diferentes propuestas y enfoques. Su liderazgo académico fue reconocido de manera interinstitucional por el gobierno del Distrito Federal con el premio Quetzalcóatl.

Ciudadano del mundo

Chepito, como le decían familiarmente, murió en la ciudad de Guatemala el 30 de noviembre de 2010, como consecuencia de un infarto agudo de miocardio, que se complicó debido a la diabetes e hipertensión arterial que padecía. Su muerte repentina alargó el largo ritual que él ya había impuesto a la muerte: morir en la tierra que le vio nacer y ser sepultado de acuerdo con las “costumbres”.

Su entierro se asemejó al de su padre: cortejo fúnebre desde la ciudad de Guatemala a su casa natal; velorio con la presencia de sus hermanos y familiares; homenaje en la alcaldía municipal, donde se declara día de luto local; misa de cuerpo presente en la iglesia de San Miguel Arcángel; viaje cargado por cienmilzompopos hermanados hasta el mausoleo de sus ancestros; entierro homenaje, donde expresaron palabras-flor sus amigos de siempre y familiares cercanos; remolino de viento y agua en el corazón del cielo y la tierra, chipi-chipi fecundo que enterró su cuerpo, pero no su pensamiento práxico: “Lo más importante es ser ciudadano” y “La lucha debe continuar”, tal como lo expresara cuando recibió los premios Atanasio Tzul e Hijo Ilustre en Totonicapán y el Premio Quetzalcóatl del Consejo de Pueblos y Barrios Originarios en el Distrito Federal.

Su muerte me hace recordar el hecho curioso de que cuando mi padre salía de su casa natal a realizar cualquier diligencia en Totonicapán, nunca lo hacía en menos de treinta minutos, que son suficientes para recorrer todo el pueblo, sino que se transformaban en viajes épicos, que dilataban varias horas, porque muy pronto era invitado a almorzar, a “refaccionar”, o a cenar, y no obstante ello, cuando regresaba, por lo común animoso, para contar todas las noticias del pueblo, pedía nuevamente un café para sentarse a conversar. Era aceptado socialmente por ser un hombre de linaje, pero humilde; inteligente, pero no soberbio; alegre mas no falso; receptivo a las ideas de los demás, pero siempre fiel a sus principios. En una cosa era absolutamente claro: jamás aceptar una injusticia.

Carlos Salvador ORDÓÑEZ MAZARIEGOS